

cribía á Bruto, ven, vuela... y escribe á Casio que haga lo mismo... Si queda alguna esperanza de libertad está en vuestras tropas... Acuérdate que has nacido para servir á la República, y si la tienes amor ó algún celo por ella, no pierdas un momento de tiempo... La inconstancia de Lépido ha renovado la guerra. El ejército de César es sin comparación el mejor, pero en vez de sernos útil nos pone en la necesidad de recurrir al tuyo. Tan pronto como pongas los pies en Italia, verás acudir á tu campamento cuantos se precian de ciudadanos. Es verdad que Planco está todavía unido con Décimo, pero no ignoras cuán poco hay que contar con la firmeza de los hombres, mayormente si han sido partidarios, y cuán incierto es el éxito de las peleas. Si quedásemos vencedores, como todavía lo espero, también nos será necesario tu consejo y autoridad para poner orden en la República. Date, pues, priesa, por los dioses, en venir á nuestro socorro, y persuádate que cuando nos libraste de la esclavitud el día de los idus de Marzo, no hiciste á la patria servicio más importante que le harás ahora con venir presto».

Después de infinitas instancias como éstas, le escribió, además, la carta siguiente :

*Cicerón á M. Bruto.*

«Después que en repetidas cartas te he exhortado á que cuanto antes vengas con tu ejército á socorrer la República, y cuando pensaba que tus parientes no lo podrían dudar, me hallé el día 24 de Julio con un recado de tu madre (mujer diligentísima y prudente que tiene puestos en ti solo todos sus pensamientos y cuidados) pidiéndome pasase por su casa. Fui allá, como debía, al instante, y la hallé que estaba con Casca, Labeón y Scapcio. Entrando luego en materia, me pre-

guntó si me parecía que debíamos proponerte vinieses á Italia ó si sería mejor permanecieses en la provincia, y yo la respondí lo que juzgo conviene á tu crédito y honor, que no debías diferir ni un momento el traer un socorro á esta ruinoso y desplomada República. Porque ¿qué males no se deben temer de una guerra en que los ejércitos victoriosos no han querido perseguir al enemigo fugitivo, y un general, sin haber recibido ofensa alguna, después de obtener los mayores honores y poseedor de la más brillante fortuna, deja empeñadas las prendas de mujer é hijos, y honrándose de tener con vosotros afinidad tan estrecha, se declara enemigo de la República? ¿Y qué diré cuando veo los desórdenes que pasan dentro de nuestros muros en medio de la unión admirable que reina entre el Senado y el pueblo?

»Pero lo que más me aflige, ahora que te estoy escribiendo, es el haber salido fiador de este joven, ó por mejor decir, este niño, pues me parece será imposible que yo mantenga lo que prometí. Es mucho más peligroso y delicado, particularmente en los negocios graves, el responder de las intenciones y principios de otro que el salir fiador por alguna deuda pecuniaria, porque el dinero se puede pagar y hay sus compensaciones; pero en asuntos de república, ¿cómo se cumplirá lo que se ofrece por otro si éste se niega á ello? No obstante, aun me queda alguna esperanza de poderle contener en los límites de la razón, á pesar de los que le rodean y procuran apartarle de mí. Tiene buena índole, pero su edad está muy sujeta á la seducción, y hay muchos que procuran depravarle y que esperan conseguirlo, poniéndole á la vista un falso esplendor de gloria.

»Ya ves el trabajo en que estoy metido sobre todos los otros, debiendo pensar día y noche arbitrios para contener á un muchacho y no quedar con reputación de

imprudente. Pero ¿qué especie de imprudencia fué salir yo por fiador de uno, dejándole aún más ligado que á mí mismo? Hasta ahora es cierto que no tiene la República motivo para quejarse de mi fianza, pues Octavio, por su propia inclinación y por cumplir mis promesas, se ha mantenido constante en su fidelidad. Si yo no me engaño, nuestro mal proviene ahora de la falta de dinero, y no es fácil remediarlo, porque cada día crece la aversión general á toda especie de tributo. Lo que se ha podido recoger del uno por ciento se ha invertido en la paga de las dos legiones. Es muchísimo lo que se ha de gastar con estos ejércitos que ahora nos defienden y con el tuyo. El de Casio espero pueda venir bien provisto. Pero de esto y de otras muchas cosas hablaremos á la vista, que deseo sea cuanto antes.

»Por lo que mira á los hijos de tu hermana, no he esperado, amado Bruto, á que tú me los recomendases para hacer por ellos lo que he podido; pero pues la guerra va larga, es natural llegues á tiempo de componer tú mismo este negocio. Cuando yo creí que acabaría pronto, hablé en el Senado á favor de tus sobrinos con tanto fervor, que no dudo que tu madre te lo habrá escrito. Tén por seguro que en cualquier caso estoy dispuesto, aunque sea á riesgo de la vida, á hacer y decir cuanto sea útil á tus intereses y voluntad. A 26 de Julio».

En una carta á Casio le dice:

«Deseamos con impaciencia verte en Italia lo más pronto que sea posible, pues en viéndote con nosotros podemos contar que tenemos República. Ya cantaríamos la victoria si Lépidio no hubiese dado acogida al ejército fugitivo y desarmado de Antonio, por lo que éste jamás ha sido tan detestado en Roma como ahora lo es Lépidio. El primero comenzó la guerra en medio de la confusión, y el segundo la ha resucitado en tiempo de

victoria y de paz. Los cónsules electos le son adversarios, y se tienen de ellos grandes esperanzas; pero no podemos estar tranquilos, porque el éxito de las batallas siempre es incierto. Ten entendido que toda nuestra confianza se funda en tu socorro y en el de Bruto. Os esperamos á los dos con impaciencia, pero á Bruto sin que tarde un momento».

A pesar de tales instancias y cartas, no consta que Bruto ni Casio pensasen en venir á Italia. Casio no era fácil viniese tan pronto como querían, porque estaba demasiado lejos; pero Bruto se hallaba en disposición de poder hacerlo. Antes de la batalla de Módena se había acercado bastante y reunido todas sus legiones en la costa del mar, entre Disrachio y Apolonia, esperando el resultado de aquella acción para embarcarse prontamente en el caso de ser necesario su socorro. Cicerón se lo alabó mucho, pero él, creyendo pasado el peligro con la derrota de Antonio, se retiró al otro extremo de la Macedonia para estar á tiro de oponerse á la empresa de Dolabela, y desde entonces se mostró sordo á las órdenes del Senado y á todas las cartas de Cicerón, que continuamente le llamaban á Italia. No es fácil adivinar las razones que le movían á obrar así, estando tan apartado de Roma. Sabemos únicamente que él tenía mucho mejor concepto de Lépido que los demás de su partido, y como era demasiado tenaz en sus opiniones, es verosímil que afectase despreciar las desconfianzas que otros tenían de su cuñado, siendo éstas el verdadero motivo por que le llamaban á Italia. Además de esto, en las cartas de Cicerón se hallan vestigios de que no todos los amigos que Bruto tenía en Roma eran de parecer de que viniese á Italia. Tal vez sospechaban de la fidelidad de sus tropas, no creyéndolas bastante firmes en su partido, ni bastante afectas á su persona para exponerlas en Italia contra los vete-

ranos, cuyo ejemplo y los sobornos eran capaces de inclinarlas á vender á su general.

Sea lo que fuere, lo cierto es que Décimo Bruto, que estaba en Italia y podía juzgar mejor que ellos de la situación de las cosas, fué constantemente del parecer de Cicerón, porque él mismo se veía rodeado por varios ejércitos de veteranos, muy contrarios al sistema de la pública libertad. Conocía la perfidia de Lépido, la ambición del joven César y la irresolución de su colega Planco. Por estas razones rogaba continuamente á Cicerón que exhortase por cartas á Marco Bruto á que apresurara su venida. Consideradas bien todas estas cosas, se podrá prudentemente juzgar que si Bruto y Casio hubiesen pasado á Italia cuando Cicerón comenzó á pedirselo, esto es, antes de la deserción de Planco y muerte de Décimo, habrían salvado la República de su ruina.

La falta de dinero de que se queja Cicerón como del mayor trabajo que entonces afligía á Roma, está bien explicada en una carta suya á Cornificio, procónsul de África, el cual, con grande instancia, le pedía que pensase en la subsistencia de las tropas. «No veo, le dice, ningún arbitrio para subvenir á los gastos que estás haciendo y que tendrás que hacer todavía en las necesidades de la guerra. El Senado está huérfano por la muerte de los dos cónsules, y el Tesoro público exhausto. Se procura recoger dinero de todas partes para pagar las tropas, que merecen ser pagadas fielmente; pero yo creo que no se podrá hacer sin imponer algún nuevo tributo».

Estas imposiciones solían hacerse exigiendo una especie de capitación, según la riqueza de cada ciudadano. Estuvieron en uso al principio de la República, pero ya no se acordaban de ellas desde que Paulo Emilio, conquistada la Macedonia, formó con el fruto de su victo-

ria un fondo suficiente para eximir la ciudad de aquella carga. Las necesidades urgentes obligaron, sin embargo, á renovar las contribuciones; pero si se reflexiona lo que dice Cicerón de la repugnancia general que mostraban los ciudadanos á todo lo que era tributo, se conocerán los funestos efectos de la corrupción de costumbres y de la indolencia y del lujo que habían infestado aun á las gentes más honradas de Roma. En medio del peligro más extremo de la República, bastaba sólo el proponer una contribución extraordinaria para que se escandalizasen, sin que el temor de perder la libertad los moviese á dar con gusto una pequeña parte de su dinero. Las resultas de esa repugnancia fueron, como se debía esperar, que arruinados los fundamentos de la causa pública, vieron al instante los ciudadanos sus vidas y sus haciendas á discreción de sus enemigos. En una de las oraciones de Cicerón hay un paso que cuadra perfectamente con las circunstancias de que hablamos y sirve para justificar nuestras reflexiones. «La República, dice, siempre es atacada bien y siempre se defiende mal. La razón consiste en que los viciosos y corrompidos son siempre audaces y se inclinan á hacer daño naturalmente, poniéndose en movimiento así que ven la ocasión; y los hombres de bien, no se sabe por qué fatalidad, obran siempre con infinita lentitud y casi con repugnancia, no haciéndoles fuerza los desórdenes cuando empiezan y esperando á que la necesidad los fuerce á tomar medidas para remediarlos. La irresolución y sus dilaciones suelen ser causa de su ruina, pues cuando, por fin, buscan algún remedio para que los dejen en paz, aunque sea con poco honor, ordinariamente lo pierden todo».

Esta observación podrá justificar la conducta de Casio, que algunos acusaron de violenta y cruel, por el método que usó para obligar las ciudades de Asia á

suministrarle dinero y surtirle de las demás cosas necesarias á la guerra. Veíase empeñado en una en que no había más medio que vencer ó morir; sus legiones debían ser, no solamente pagadas, sino recompensadas; las rentas del Imperio se hallaban enteramente consumidas; las contribuciones eran muy lentas, y las provincias, fuera de Italia, inciertas del éxito de la guerra y temerosas de ofender á uno ú otro partido, buscaban todos los arbitrios de quedar neutrales. En esta situación, siendo tan necesario el dinero como difícil hallarlo, la violencia dejaba de ser ilegítima y el fin justificaba los medios, pues tratándose de la salud y libertad del Imperio, no era tiempo de detenerse en escrúpulos. Este fué el raciocinio de Casio y el principio de su conducta. Todos sus pasos iban dirigidos á la causa que sostenía, y, como dice Apiano, tenía los ojos fijos en su empresa como un gladiador en su contrario.

Bruto, que tenía carácter más dulce y escrupuloso, seguía el método ordinario de imponer contribuciones. Su inclinación á la filosofía y á la bella literatura le inspiró un afecto muy grande á las ciudades de Grecia, por lo cual, en vez de cargarlas de contribuciones, se divertía por donde quiera que pasaba en ver sus fiestas y juegos y en presidir sus disputas filosóficas; de suerte que cualquiera habría dicho que viajaba más por curiosidad que para hacer los preparativos de una guerra sangrienta. Cuando se unió con Casio se conoció bien la diferencia de la conducta de ambos por su diversa situación. Casio, sin haber recibido la menor remesa de Roma, estaba rico y surtido de pertrechos y municiones, y Bruto, con sumas considerables que había recibido de la capital, se hallaba pobre é imposibilitado de subsistir si Casio no le hubiera socorrido con la tercera parte del tesoro que había juntado.

Mientras Cicerón con tantos esfuerzos y gloria sostenía la libertad moribunda de la patria, Bruto, que era mal contentadizo y fácil de quejarse, viendo que los negocios se iban poniendo de tan mal semblante en Italia, juzgó de los consejos por las resultas y comenzó á atribuir á Cicerón la causa de todas las desgracias comunes. En particular se quejaba de que á fuerza de honores extraordinarios había excitado en el joven Octavio una ambición tan desmedida, que era ya incompatible con la seguridad de la República, y le había armado de un poder que empleaba en oprimirla. Se equivocaba en esto último, porque Cicerón no había conferido á Octavio poder alguno; lo que hizo fué procurar que sirviese para la ruina de Antonio el que por sí mismo había usurpado. Lo habría conseguido completamente, y lo demás hubiera correspondido á sus intenciones si algunas circunstancias que no era posible prever no lo hubiesen estorbado.

Según todas las apariencias y los monumentos que subsisten, es evidente que Cicerón siempre desconfió de Octavio y que en vez de procurar aumentar su poder buscaba continuamente medios de disminuirle y contenerle. La muerte de los dos cónsules fué causa de que aquel joven ambicioso se le escapase de las manos, porque con ella se hizo fuerte para no sufrir dependencia alguna de nadie. Bruto, desde tan lejos, no podía ver las cosas como eran ni juzgar sanamente de la conducta de Cicerón. Décimo, que había permanecido siempre en Italia, estaba tan persuadido del sistema y necesidad de conceder aquellos honores á César, que de algunas cartas se infiere pensaba que hubiera convenido concederle otros aún mayores.

Pero dejando aparte el juicio de Bruto y las demás reflexiones; si se considera bien toda la conducta de Cicerón desde la muerte de César hasta la suya, se halla.

rá la más uniforme y más llena de nobleza y de grandeza de alma, viéndose que jamás perdió de vista su objeto, que era constantemente la libertad de su patria. Y si por otro lado se examina el carácter de Bruto, será preciso confesar que era muy desigual y casi inconsecuente. En el exterior afectaba el rigorismo estoico y la severidad de los primitivos romanos; pero la blandura de su natural le vendía las más veces, arrastrándole, contra sus propias máximas, á hacer cosas que parecían mujeriegos. Quitó la vida á su amigo y bienhechor por restituir la libertad de su patria, declarando que por el propio motivo no habría perdonado ni aun á su mismo padre. Á pesar de severidad tan heroica, perdonó la vida al hermano de Antonio, cuando necesariamente hubiera debido sacrificarla, pues Dolabela acababa de asesinar á Trebonio y Antonio había aprobado en público aquella acción. Él, por vana ostentación de prudencia, no hizo justicia de Cayo, aun conociendo que no podía dejarle con vida sin poner la suya en evidente peligro. Cuando su cuñado Lépido fué declarado enemigo público, manifestó el interés más ridículo por sus sobrinos, sin reflexionar que si la República se restableciese por su mano no le podrían faltar mil medios de rehacer su fortuna, y en el caso contrario, su padre cuidaría de ella. No habría padecido estas debilidades aquel antiguo Bruto de quien se preciaba descender y se proponía imitar como modelo. Llevaba á mal que Cicerón se hubiese excedido en dispensar honores á otros, y para sí pretendía los más elevados. Habiéndose apoderado por su propia autoridad del mando más extraordinario que jamás se había visto en ciudadano alguno, se declaró enemigo de todas las comisiones extraordinarias, sin distinción de personas que las pudiesen obtener. Esta inconstancia en su carácter y conducta hace creer que las más veces se gobernaba por la vanidad y

altivez de su carácter y no por los principios de aquella filosofía que afectaba seguir.

Sin embargo, de todas sus desigualdades é inconsecuencias, Cicerón perseveró siempre en la máxima de sostenerle por todos los medios posibles. Luego que descubrió que el proyecto de Octavio era vengar la muerte de su tío, hizo todos los esfuerzos posibles para disuadirle de tan terrible designio, y escribiéndole cartas y más cartas, le exhortaba á que se reconciliase con Bruto y á que se atuviese al armisticio con que el Senado había procurado establecer una paz general. Este era sin disputa el mayor servicio que podía hacer á Bruto y á la república. Atico, que lo creía así, pensó que le daría la mejor y más agradable noticia comunicándole lo que Cicerón trabajaba; pero lejos de quedar gustoso, manifestó que le chocaba la noticia, diciendo que era una indignidad bajarse á pedir ninguna cosa á un muchacho y el imaginar que la seguridad de Bruto pudiese depender de otro que de él mismo. Esto fué lo que significó á Cicerón y á Atico de un modo que justificaba el concepto en que desde mucho antes le tenía Cicerón, diciendo varias veces «que sus cartas generalmente eran duras, fieras y arrogantes, sin mirar lo que escribía, ni á quién» En efecto, las últimas cartas de su correspondencia que nos han quedado confirman la verdad de esta obsevación y nos facilitan los medios de juzgar con certeza de su carácter y principios. Viendo Cicerón que su política disgustaba muchas veces á Bruto, quiso justificarse con él enterándole de todos sus pasos, desde la muerte de César, para forzarle á reconocer la justicia y prudencia de todas sus acciones.

*Cicerón á Bruto.*

«Allá va Mesala (1), y como tan enterado está de lo que se hace y de la situación de los negocios, podrá pintárte-

---

(1) Publio Valerio Mesala Corvino, de quien Cicerón nos pinta aquí el carácter, era uno de los hombres más ilustres de su tiempo, tanto por su nacimiento como por sus prendas personales. Vivió mucho después de esta guerra, estimado y amado de todos los partidos, y fué mirado como el principal ornamento de la corte de Augusto. Siguió las armas de Bruto y fué proscrito por los triunviros, y aunque pronto, por un edicto especial, revocaron la sentencia, no por ello abandonó la causa de la libertad hasta que la vió expirar con la muerte de su amigo. Después de la batalla de Filipos, las tropas que escaparon le ofrecieron ponerse á sus órdenes, pero él prefirió la paz con que le brindaron los vencedores, y se rindió á Antonio, de quien era amigo. Poco tiempo después, batido Octavio por Sexto Pompeyo en la costa de Sicilia; y viéndose en el mayor peligro de la vida, fué á entregarse con un sólo criado en manos de Mesala, el cual, pudiendo, no quiso vengarse del hombre que poco antes había puesto á precio su cabeza, y con todo cuidado le protegió. Continuó siendo amigo de Antonio hasta que el escándalo y bajeza que hacía con Cleopatra le obligaron á pasar al partido de Octavio. Fué proclamado cónsul en lugar de Antonio, y el mando que tuvo en la batalla de Accio muestra la confianza que en él tenía el vencedor. Finalmente, triunfó por haber sujetado las Galias, que se habían revelado. Todos los historiadores le celebran como uno de los primeros oradores de Roma. Fué discípulo de Cicerón, y sus apasionados decían que excedía á su maestro en la fluidez y corrección del estilo. Su acción era noble y llena de dignidad. A la perfección de la elocuencia unia el conocimiento de todas las demás artes liberales. Era admirador de Sócrates y de las máximas más severas de la filosofía, y protegió en cuanto pudo á los ingenios y poetas. Tibulo le acompañó en todas sus expediciones y le celebró en sus elegías. Horacio, en una de sus odas, habla de juntar los vinos más exquisitos para regalar á tan ilustre convidado. Cuéntase finalmente que este hombre tan amable y cortés perdió en su vejez la memoria hasta olvidarse de cómo se llamaba.

los con su acostumbrada penetración y elegancia y con más exactitud que yo podría hacerlo por escrito. Este hombre á quien yo no puedo negar las alabanzas que merece, por más que tú las sepas, pues le conoces, no tiene competidor en probidad, constancia y celo por la República; de modo que la elocuencia en que, como no ignoras, sobresale infinito, es la menor de sus prendas; aunque en esta misma es muy singular la prudencia y juicio con que vemos ha sabido escoger y adquirir el verdadero y único modo de hablar en público. Su desvelo y aplicación al estudio son tales, que, sin embargo de ser grande el talento que debe á la naturaleza, parece que todo es efecto de su industria. Conozco que me dejo llevar de la amistad, puesto que ahora no es mi propósito hacer el panegírico de Mesala, mayormente hablando con Bruto, que conoce también como yo sus virtudes y talentos. Si alguna cosa me consuela, viéndole partir, es que, yendo á estar contigo, que eres otro yo, va á cumplir con su obligación y á tomar el verdadero camino de la gloria.

»Pero basta ya de Mesala, y vengamos á una de tus cartas que recibí días hace, en que alabando mi conducta sobre muchos puntos, me reprendes haya sido demasiado franco en conferir honores con una especie de prodigalidad. Tú lo juzgas así; probablemente me acusarán otros de excesivamente severo en los castigos: ¿y quién sabe si tú me acusas de lo uno y de lo otro? Por si tal sucediese, quiero explicarte de una vez mis ideas y modo de pensar sobre estos puntos. Y no pienses que yo intento ahora demostrar aquel gran principio en que Solón, primero de los siete sabios de Grecia y el único digno del nombre de legislador, fundaba toda la esencia de la política, á saber, premio y castigo; así en estas dos cosas, como en todas, juzgo que hay un justo temperamento. Como quiera que sea,

no entro ahora en la discusión de este punto y me ceñiré á explicarte las razones que he tenido para los consejos y votos que he dado desde el principio de esta guerra.

»Bien te acordarás, amado Bruto, que inmediatamente después de la muerte de Julio César y de vuestros memorables idus de Marzo, te dije lo que habíais omitido en la ejecución y que, por aquella causa, veía yo una gran tempestad que iba á caer sobre la República; pues aunque con inmortal gloria vuestra nos libertasteis de tal peste y lavasteis al pueblo romano de tan grande mancha, todos los atributos de la tiranía recayeron en manos de Lépido y de Antonio, el primero inconstantísimo, el segundo lleno de vicios, y ambos enemigos de la paz y tranquilidad. A estos dos hombres, ocupados siempre en turbar la República, ninguna defensa teníamos que oponer. Sin embargo, la ciudad cobró espíritu y unánimemente se declaró por la libertad. Entonces me juzgaron demasiado violento en mis opiniones, y tú (Dios quiera que haya sido con mejor consejo que el mío) abandonaste á Roma, que acababas de libertar, rehusando los socorros de toda la Italia, que ofrecía armarse para defenderte. Cuando vi la ciudad en poder de una tropa de traidores, oprimida por las armas de Antonio, sin que tú ni Casio pudieseis permanecer en ella seguros, juzgué preciso ausentarme yo también, huyendo el espectáculo triste de ver á Roma dominada por hombres malvados, y carecer de medios para socorrerla. Sin embargo, como soy consecuente y el amor á la patria es mi pasión dominante, no me fué posible abandonarla en aquella situación. Había emprendido un viaje á Grecia en la estación en que reinan constantemente los vientos eterios, y soplando el de mediodía, que no era regular entonces, me hizo arribar á Italia, como si hubiese venido de propósito para

desconcertar mi proyecto. Acuérdate de que te encontré en Velia y quedé pasmado al ver que huías. Sí, amado Bruto, huías, aunque tus estoicos nieguen que el hombre sabio pueda huir.

»Después de esto volví luego á Roma, exponiéndome á la malicia y furor de Antonio, y cuando ya le hube irritado contra mí, comencé á usar varios expedientes (que llamaré *brutinos* por ser propios de los de tu sangre) para libertar la república. Omito otras mil circunstancias, porque no tienen que ver sino conmigo, y solamente diré que el joven César (á quien si hemos de confesar la verdad, debemos nuestra existencia) es hechura mía. Con todo eso, amigo Bruto, no he procurado se le confiera ningún honor que no le fuese debido; ninguno que no fuese necesario. A tiempo que empezábamos á reponernos en libertad; cuando aun no podíamos saber qué Décimo Bruto se hallaba tan inflamado de su excelsa virtud, y cuando no teníamos otro amparo ni recurso que este joven para alejar de nuestras cervices el cuchillo de Antonio, ¿qué honor habría que no se le concediese? Sin embargo, yo me contenté con elogiarle, y esto moderadamente. Es verdad que hice le dieran el mando de un ejército; pero si este favor parece excesivo para su edad, que me digan cómo se le habrían negado á uno que se hallaba con un poderoso cuerpo de tropas, las cuales no nos hubieran servido si él no las mandase.

»Filipo propuso que se le erigiese una estatua: Servio quería que se le abreviase el tiempo prescrito por las leyes para obtener las dignidades, y Servilio decía que aun era demasiado diferirle los honores. Todo parecía poco para él. ¡Cuán liberales somos en el temor y cuán escasamente reconocidos en la fortuna! Luego que Décimo Bruto fué libertado del sitio, cuando amaneció un día tan alegre para Roma, que por casualidad era el

de su cumpleaños, propuse yo y conseguí el decreto de que aquel día se distinguiese en el calendario con su nombre, en lo cual seguí el ejemplo de nuestros mayores, que concedieron igual honor á una mujer, á Larencia (1), cuya festividad celebráis vosotros los sacerdotes en su ara del Velabro. En solicitar esta distinción para Décimo llevaba yo la mira de eternizar la memoria de una victoria que nos causaba tanta satisfacción; pero por desgracia aquel mismo día conocí que en el Senado había más envidiosos que agradecidos.

»Por entonces también (ya que me obligas á recordarlo) hice se concediesen varios honores á la memoria de Pansa, de Hircio y de Aquila. ¿Y quiénes son los que en esto hallaron que reprender, sino aquellos que, en faltándoles el temor, se olvidan del peligro en que se vieron? Además de la justa gratitud, llevé otra mira que interesaba á la posteridad, y era la de que hubiese un eterno monumento del odio público contra nuestros más crueles enemigos. Puede ser que tu desaprobación dimanase de que estos amigos tuyos, que son excelentes ciudadanos, pero sin experiencia en los negocios políticos, se han mostrado descontentos de que yo hiciese conferir la ovación á César. Acaso me engañaré, porque no pretendo ser infalible, pero á mi parecer no he realizado cosa más prudente en todo el curso de esta guerra. Excuso explicarme más, porque no se diga que tuve más cuenta con la precaución que con la gratitud. Hasta me parece que he dicho demasiado, y vamos adelante.

---

(1) Esta Larencia fué la mujer de Fáustulo, pastor del rey Numitor; la que dió el pecho á Rómulo y Remo, de cuyas circunstancias nació la fábula de la loba. El hecho es que habiendo adquirido muchas riquezas, dejó heredero de ellas al pueblo romano; por lo que se instituyó en su honor la fiesta llamada *Laurentialia*.

»He conferido honores á Décimo Bruto; los he conferido á Planco, porque las almas grandes no tienen otro móvil que la gloria, y el Senado en esto procede con infinita cordura, empleando medios tan honrosos para atraer las gentes al servicio de la República. Á mí me acusan de que hice erigir á Lépido una estatua en los Rostros y de que yo mismo la hice derribar después. Todo es así: en lo primero llevé la mira de retrotraerle de sus ideas furibundas; pero la locura de aquel hombre inconstantísimo pudo más que mi prudencia. Con todo eso, no hice tanto mal erigiéndole aquella estatua como bien derribándola.

»Basta ya de honores: hablemos un poco de castigos.

»He observado varias veces en tus cartas que te propones adquirir la reputación de clemente, tratando á los vencidos con suavidad. Yo jamás dudaré que en todo procedes con sabia consideración; pero aunque sea cierto que hay casos en que es útil desentenderse de los delitos, que viene á ser lo mismo que perdonar, en la presente guerra juzgo perniciosísima semejante conducta. Entre todas las civiles de que yo me acuerdo, ninguna hubo en que, declarándose el vencimiento por cualquiera de las partes, no quedase esperanza de que subsistiese alguna forma de república. Sólo en la actual no me atrevo á decir qué república tendremos si logramos ser vencedores; mas creo de seguro que si fuésemos vencidos, no nos quedará sombra de ella.

»Debo confesar que fué severo mi voto contra Antonio y contra Lépido; pero en él no tuvo parte el espíritu de venganza ni llevé otra mira que la de atemorizar y contener á los malos ciudadanos para que no hostilizasen la patria, y la de dar á los venideros una lección que los retrajese de semejante demencia. Mi opinión no sólo fué mía, sino de todos. No niego ser cosa cruel que

el castigo se extienda á los hijos de los delincuentes; pero es uso antiguo y de todas las ciudades, como se vió en los hijos de Temístocles, que quedaron reducidos á la mendicidad. Y si esta pena es consiguiente á la condenación de los ciudadanos en juicio, ¿por qué con los enemigos hemos de ser más suaves? ¿Y con qué razón se quejan de mí esas gentes, que, si hubiesen vencido, deben confesar que me habrían tratado mucho peor?

»Estas razones tuve para los consejos que dí al Senado por lo respectivo á honores y penas. En cuanto á los demás puntos, ya sabes mi modo de pensar, y no hay para qué repetirlo. Pero sí repetiré como absolutamente necesario, querido Bruto, que cuanto antes vengas á Italia con tu ejército. No puedes imaginar la impaciencia con que te esperan. Verás luego que llegues cómo corren todos á juntarse contigo. Si el éxito de la guerra nos fuese favorable, como ya lo sería si Lépi-do no hubiese querido perderlo todo y arruinarse á sí mismo y á los suyos, necesitaremos de tu autoridad para restablecer en la ciudad algún orden; y si todavía se necesitase pelear, en tu dirección y en el valor de tus tropas tenemos puesta nuestra mayor esperanza. Por amor de todos los dioses date prisa y ven, pues conoces lo que valen la celeridad y la ocasión. Por las cartas de tu madre y de tu hermana sabrás el celo con que protegeré los intereses de tus sobrinos, y en ésta verás que aún tengo más empeño en conformarme con tu voluntad que en sostener, como algunos juzgan, el crédito de constante. En nada lo quiero ser y parecer tanto como en la amistad que te profeso».

*Bruto á Cicerón.*

«Atico me ha remitido un párrafo de tu carta á Octavio. La inquietud y cuidado que tienes por mí no me

causa maravilla, porque estoy hecho á oír, no algunas veces, sino de continuo, que tu fina amistad hace ó dice siempre alguna cosa honorífica á mi favor. Pero al mismo tiempo te confesaré que el tal párrafo en que hablas de mí me ha causado más disgusto del que puedo ponderar, pues dando gracias á Octavio por los servicios que ha hecho á la República, empleas... (¿cómo lo diré? Me avergüenza la miserable situación á que nos ha reducido la fortuna; pero al fin es forzoso decirlo) empleas unas expresiones tan humildes y abatidas para recomendarme á él... (la muerte á este precio es preferible al vivir), que con ellas declaras tú mismo que no ha acabado nuestra esclavitud ni hemos hecho más que variar de señor. Reflexiona bien dichas expresiones, y niega si te atreves que la súplica no sea como de un esclavo á un rey. Te pedimos, le dices, y esperamos de ti, que quieras salvar á aquellos ciudadanos que el pueblo romano tiene por hombres de bien. ¿Y si no quisiere no viviremos? A la verdad, más valdrá perder la vida que debérsela á él. No me puedo persuadir sean todos los dioses tan adversos á Roma que para salvar á cualquier ciudadano suyo, por no decir á uno de los libertadores del orbe, sea preciso suplicárselo á Octavio. Quiero explicarme con expresión tan magnífica; y aun conviene ejecutarlo con los que ignoran por quién se debe temer y á quién se debe pedir. Mas tú, Cicerón, reconociendo esta prepotencia en Octavio, ¿continúas siendo su amigo? Y si me quieres bien, ¿cómo puedes desear verme en Roma, cuando para ello ha sido menester me recomiendes á un muchacho? ¿De qué le das gracias si crees ser necesario pedirle que nos permita vivir? ¿Deberemos tener por beneficio que sea él y no Antonio á quien se haga esta súplica? En una palabra, se pide la vida para los que han servido bien á la República, y se pide, no al destructor de una tiranía, sino al

sucesor del tirano. Esta imbecilidad y cobardía, de que no te acuso á ti más que á otros, es la que dió alas á César y le sugirió la ambición de reinar; la que después de su muerte ha excitado en el corazón de Antonio el mismo deseo y la que ha engreído á ese joven de manera que tú juzgas conviene dirigirle súplicas para la seguridad de las vidas de hombres como nosotros, reduciéndonos al deplorable estado de esperar nuestra salvación únicamente de su misericordia. Si nos quisiésemos acordar de que somos romanos, esos discípulos no se empeñarían en adquirir la dominación con más audacia que nosotros en impedírsela; ni el reinado de César incitaría tanto la ambición de Antonio, como le aterraría el trágico fin que tuvo.

»Tú, que eres senador consular; tú, que nos has liberado de tantas traiciones, el castigo de las cuales temo que solamente nos servirá para retardar por poco tiempo nuestra ruina, ¿como puedes acordarte de lo que hiciste y sufrir lo que está sucediendo con tal paciencia que parece lo apruebas? Porque, finalmente, yo no entiendo qué especie de odio personal es el que tú tienes á Antonio ni veo para él otro motivo que la audacia de sus empresas, el haber querido fuese precaria nuestra conservación cuando nos debe su libertad y el hacerse árbitro de la República. Tú has creído que no se podía menos de tomar las armas para oponerse á su tiranía. ¿Pero en esto habrás llevado, por ventura, el fin de hacernos depender de otro que tiene las mismas intenciones, ó el de restituir á la República su libertad é independencia? Yo no lo sé; mas parece que no tanto se trata de nuestra libertad como de las condiciones de la esclavitud. Y si esto es así, ¿para qué tantos afanes y agitaciones? En Antonio hubiésemos tenido un buen señor, que no sólo hiciese tolerable nuestra desgracia, sino que, como partícipes, nos hubiera dejado gozar cuantas

¿Cómo me ha de parecer á mí que es ciudad un agregado de gentes que, aun dándoles libertad y metiéndosela por los ojos no saben recibirla; teniendo más terror de un muchacho porque ha tomado el nombre del Rey que la oprimía, que confianza en sus propias fuerzas, á pesar de haber visto que el valor de pocos bastó para derribar á quien tenía tanto poderío?

»En suma, desde ahora no me recomiendes más á tu César, y si quieres tomar mi consejo, tampoco tú mismo te recomiendes á él; pues á la edad en que te hallas, me parece sería estimar más de lo que valen los pocos años que te quedan de vida, si para conservarlos necesitas pedirlos en gracia á un niño. Sobre todo, cuida de que las cosas excelentes que has hecho y haces ahora contra Antonio no se interpreten á efecto de temor más que de virtud. Y si es tanta tu predilección por Octavio que le quieres deber nuestra seguridad, mira no digan que no tienes aversión á sufrir un amo, sino que quieres al más amigo. Apruebo de buen grado los elogios que has hecho hasta aquí de sus acciones, porque son ciertamente laudables y merecen tus alabanzas, si es que no se dirigen más á establecer su poderío que á oponerse al de otros. Pero si no solamente juzgas lo debe conservar, sino que se lo atribuyes tan extenso que sea preciso pedirle que nos permita vivir bajo su salvaguardia, no es así como quiero la recompensa y premio que le das, pues supones reside en él lo que parecía haber recuperado la República por su medio.

»¿No te pasa alguna vez por la imaginación que si Octavio merece algunos honores por haber sostenido una parte de la guerra contra Antonio, no tendrá el pueblo romano bastantes medios, aunque los junte todos, para recompensar á los que extirparon un mal, de que los presentes no son más que residuos? Aquí se verifica que el miedo es mucho más poderoso que la

gratitud. Antonio vive y está con las armas en la mano. En cuanto á César, lo que se pudo hacer y debió hacerse ya pasó, sin que sea posible volver sobre ello.

»¿Pero ese Octavio, quién es para que el pueblo romano esté en expectación de lo que quiera disponer de nosotros? ¿O somos tan despreciables que se hayan de hacer súplicas á un hombre solo para que quiera conservarnos? Yo soy tal, que no solamente no le suplicaré en el asunto de mi vuelta á Roma, sino que iré á la mano á los suplicadores y haré que sólo supliquen para sí mismos. Huiré de los que quieren ser esclavos; llamaré Roma á cualquier rincón del mundo donde pueda vivir libre, y tendré compasión de vosotros, en quienes ni la edad, ni los honores, ni el ejemplo de la virtud ajena pueden moderar la dulzura que os causa el vivir.

»Por muy dichoso me tendré si constante y perpetuamente se aprobase lo que hice y se me agradeciese mi amor á la patria; ¿pues qué felicidad puede compararse á la satisfacción que produce la memoria de las buenas acciones y á vivir contento con la libertad, despreciando todas las desgracias? Jamás cederé á los que son capaces de ceder, ni me vencerán los que quieren ser vencidos. Todo lo probaré, lo emprenderé todo y no desistiré hasta sacar á mi patria de la esclavitud. Si la fortuna me concediese el buen éxito que merece mi intención, la alegría será general; y si me le negare, no dejaré yo de vivir gustoso; ¿pues en qué puedo emplear mejor todos los pensamientos y acciones de mi vida que en defender la libertad de mis conciudadanos? Te pido, te exhorto, amado Cicerón, que no decaigas de ánimo, ni te entregues á la desconfianza, y en el rebatir los males presentes no pierdas de vista los futuros, no sea que se introduzcan antes que los percibas. La firmeza y el valor con que salvaste la República siendo cónsul, y que han sido no menos útiles después siendo consu-

lar, poco habrán aprovechado sin la igualdad y la constancia. La virtud probada es más difícil de sostener que la no conocida, porque de la probada se esperan como deudas los beneficios; y si no corresponde á esta opinión, se quejan las gentes con el mismo resentimiento que si hubieran sido engañadas. Por esto, aunque sea digno de grande alabanza que Cicerón resista á Antonio, nadie lo admira, pues desde que fué cónsul anunció lo que sería siendo consular. Pero si Cicerón no sostiene esto mismo contra todos los demás, la grandeza de ánimo que muestra en contrarrestar á Antonio, no solamente perderá toda la gloria futura, sino que verá desvanecerse la pasada, pues nada hay grande por sí mismo, y el serlo consiste en la opinión general.

»Ya sea que se consideren tus talentos naturales, tus acciones pasadas ó los deseos y esperanzas del pueblo, nadie se ve tan obligado como tú á amar á la República y á tomar la defensa de la libertad. Concluyo de todo esto que no debemos humillarnos suplicando á Octavio nos conceda la seguridad, antes debes acrecentar tu valor, teniendo por seguro que Roma, donde haces de mucho tiempo acá papel tan brillante, florecerá y será libre mientras el pueblo tenga jefes que sepan resistir á las empresas de los tiranos».

Si se comparan estas dos cartas se verá en la de Cicerón una penetración profunda y sólido juicio de los negocios, templado todo con la cortesía de la política y de la amistad, y al mismo tiempo un tacto continuo para no ofender ni aun en aquellas cosas que no puede menos de desaprobare. En la de Bruto se descubre una desatentada y dura arrogancia que pretende honores infinitos privativamente para sí (1), metiéndose á re-

---

(1) En una carta de Bruto á Atico se halla un paso que podría justificar sus quejas contra Cicerón si fuere cierto el

prender y dar consejos á un hombre tan superior á él por sabiduría y por edad, sin distinguir los tiempos y las circunstancias, fundándolo todo en el principio romancesco de los estoicos, que el sabio no necesita de nadie. Se hallan, á la verdad, en esta carta algunos sentimientos nobilísimos, dignos de la antigua Roma, que el mismo Cicerón habría recomendado en circunstancias que fuesen aplicables; pero una situación tan irregular y crítica pedía necesariamente otros principios; y la afectación de Bruto en no quererlos adoptar, manteniéndose terco en los suyos, era tanto más condenable cuanto él solía ser poco exacto y consecuente, olvidándose con frecuencia de su estoicismo.

Luego que Octavio arregló los negocios de la ciudad

---

hecho que refiere. Acusa á Cicerón de haber afeado á Casca la muerte de César, llamándole asesino. «No puedo dejar de decirte, le escribe, que Cicerón antes excita que reprime la ambición y licencia del muchacho, contemplándole de manera que, por él, trata mal á Casca. Pero sus injurias, más que sobre éste, caen sobre sí mismo, pues hizo morir varios ciudadanos, y por ello se debe reconocer más asesino que Casca».

Manucio confiesa que no se puede persuadir que Cicerón diese tal nombre de asesino á Casca, aunque Bruto lo diga tan positivamente. En efecto, el hecho en sí mismo parece imposible, porque no es combinable con la conducta y discursos de Cicerón después de la muerte de César, y por lo que mira á la persona de Casca, nos debemos acordar que Cicerón se negó á entrar en negociaciones con Octavio si éste se oponía á que Casca tomase tranquilamente posesión del tribunado. Parece, pues, cosa demostrada que Bruto fué mal informado ó que sacó una consecuencia injusta de algún discurso alterado. Quizá Cicerón advirtió á Casca que disimulase algo más con Octavio para evitar que con la facilidad que tenía de vengarse no le tratase tarde ó temprano como un asesino. No era difícil que Bruto, con su imaginación demasiado viva, entendiese alguna expresión semejante como una desaprobación directa del hecho de Casca. Lo cierto es que ninguna otra interpretación combina con la vida y la muerte de Cicerón.

y forzó al Senado á obedecerle, tomó el camino de la Galia para verse con Antonio y Lépido, los cuales habían ya pasado los Alpes con sus ejércitos, llevando el solo fin de conferenciar con él para arreglar las condiciones de una liga triple, que habían empezado á tratar por medio de emisarios, para dividir entre sí todo el poder y las provincias del imperio. Debe suponerse que todos tres se aborrecían, que todos aspiraban al mando absoluto y que cada uno deseaba lo que no podía obtener sino con la ruina de los otros dos. Por consiguiente, su congreso no serviría para cimentar una amistad verdadera y durable, por ser cosa imposible; pero podía suspender sus particulares resentimientos y unir sus fuerzas para oprimir á sus enemigos comunes, que eran todos los partidarios de la República y de la libertad: unión necesaria para sus miras y sin la cual no podían satisfacer su ambición.

El sitio que escogieron para su conferencia fué una islita que á dos millas de Bolonia forma el río Reno. Allí se juntaron, con todas las precauciones convenientes á sus caracteres, llenos de celos y sospechas. Se habían hecho acompañar de sus mejores tropas, esto es, de cinco legiones cada uno, que formaban tres campamentos separados á la vista de la isla. Lépido entró en ella el primero, como el amigo común, para reconocer el sitio y asegurarse de que no había peligro ni traición. Hecho esto, dió la señal convenida, y Antonio y Octavio entraron en la isla por su puente respectivo, dejando á la cabeza de él cada uno una guardia de trescientos hombres. Apenas estuvieron dentro, en vez de saludarse y abrazarse, lo primero que hicieron fué registrarse hasta debajo de los vestidos para ver si tenían algún puñal ú otra arma escondida. Octavio se sentó en medio, por ser el lugar más honorífico, con motivo de estar entonces revestido de la dignidad de cónsul.

Tres días duró esta conferencia para formar el plan de su liga. Las condiciones, en substancia, fueron: que todos tres tendrían por cinco años el poder supremo con el título de triunviros para arreglar la República. En todos los negocios obrarían de concierto. Para el nombramiento de los empleos de Roma y gobiernos de provincias, cada uno propondría sus amigos. Octavio gobernaría especialmente el Africa, la Sicilia, la Cerdeña y demás islas del Mediterráneo; Lépido la España, con la Galia narbonesa, y Antonio lo demás de las Galias de una y otra parte de los Alpes. Para que no hubiese desigualdad en los títulos, Octavio resignaría en Ventidio el consulado por lo que faltaba de aquel año. Antonio y Octavio se encargarían de la guerra contra Casio y Bruto con veinte legiones cada uno; Lépido, con otras tres legiones, de la guardia de Roma, y al fin de la guerra distribuirían á sus soldados, por recompensa de sus servicios, los territorios de diez y ocho ciudades, las más ricas de Italia, cuyos antiguos habitantes serían arrojados de sus posesiones. Hecha la publicación de estos pactos, en los tres ejércitos hubo grandes aclamaciones de alegría y de enhorabuenas por la feliz reunión de los tres jefes. Los soldados pidieron que se confirmase todo casándose Octavio con Claudia, hija de Fulvia, mujer de Antonio, y de Pluvio Clodio, su primer marido.

El último artículo de aquella famosa convención fué una lista de proscritos en que comprendieron á todos sus contrarios. Los autores antiguos refieren que se hallaron embarazadísimos para convenirse en este horrendo punto, y que, después de muy vivas disputas, el medio que adoptaron para concordarse fué sacrificar cada cual á la venganza de sus compañeros alguno de sus mejores amigos. Dicen que la lista general comprendía trescientos senadores y dos mil caballeros,

condenados á morir por la causa de la libertad. Quedó acordado que la publicación de ella se hiciese cuando estuvieran en Roma; pero exceptuaron de esta dilación diez y siete personas, que querían muriesen inmediatamente, por ser los jefes del partido republicano, entre los cuales era el primero Cicerón; y á fin de ponerlo en práctica, hicieron partir al instante los satélites para que los sorprendiesen y asesinasen antes de que pudieran tener el menor aviso ni sospecha del riesgo que les amenazaba. Cuatro fueron en seguida hallados y muertos en presencia de sus mejores amigos, y desde allí los emisarios fueron á caza de los demás por las casas y por los templos, lo que esparció el terror y consternación en la ciudad como si hubiera sido tomada por asalto por los enemigos. El cónsul Pedio se vió precisado á correr toda la noche por las calles para calmar el terror público, y al amanecer publicó los nombres de las diez y siete víctimas que se buscaban, prometiendo plena seguridad á todos los demás ciudadanos; pero el mismo cónsul quedó tan sobrecogido y horrorizado y tan fatigado del trabajo de aquella noche, que al día siguiente murió.

Como no nos queda carta alguna de Cicerón correspondiente á este tiempo, no podemos saber por él mismo lo que pensó de la conferencia de los tres generales ni qué hizo para su seguridad. Varias veces había declarado que no esperaba la menor gracia de Antonio ni de Lépido si quedasen vencedores, y así no podía dudar que la tal conferencia le sería fatalísima si se entendían con Octavio. Por más cierto y fundado que fuese su recelo, dependía de él evitarle yendo á unirse con Bruto en Macedonia; pero hay fundamento para creer tenía este remedio por el peor de todos los males que le amenazaban, y que había cobrado tal horror á la guerra civil y estimaba tan en poco el pequeño número de años que,

según su edad, le quedaban de vida, que muchas veces había declarado prefería la muerte á la necesidad de refugiarse en algún ejército; y en aquellas circunstancias podía mirar con más indiferencia su suerte, no debiendo temer la de su hijo, que estaba en compañía de Bruto.

Los historiadores antiguos nos quieren persuadir que Octavio no abandonó á Cicerón á la venganza de sus compañeros hasta después de haber resistido por dos días á sus instancias. Pero su resistencia, si es que la hubo, fué seguramente fingida, con el fin de dar á su perfidia un barniz menos odioso; pues la muerte de Cicerón era una consecuencia natural, un efecto de la unión de los triunviros y un sacrificio que cada uno de los tres debía exigir como igualmente necesario á sus intereses. Los que se juntaban para oprimir á la República fueron sin duda á la conferencia bien determinados á destruir á quien la sostenía, pues la autoridad de Cicerón en Roma no podía ser tolerable en un enemigo, y más habiendo experimentado que era incapaz de reconciliarse con los opresores de la patria y de la libertad. Octavio, pues, firmó sin duda la sentencia de su muerte tan de buena gana como los otros, y luego que tomó el gusto á la proscripción, la ejerció con mucha más crueldad que sus colegas. «En aquel tiempo de horror, dice Velejo, nada hubo tan vergonzoso como ver á Octavio forzado á proscribir á Cicerón». Pero Velejo supone una violencia de que no da prueba ninguna. Para salvar el honor de Octavio, haciéndole consentir en la muerte de Cicerón, se dijo que Lépidó le abandonó su propio hermano Paulo y Antonio á su tío Lucio César; pero aunque ambos fueron puestos en la lista de los proscriptos, ninguno de ellos murió, salvándoles y protegiéndoles sus parientes.

Si nos paramos un instante á considerar la conducta

de los triunviros, quedaremos admirados al ver que Antonio, casi dormido en el seno de los placeres y vicios cuando la muerte de César, pasa de un salto de la más abatida sumisión á las ideas de independencia y de soberanía y que las sigue con infinita habilidad y vigor, sin desmayar por el número y grandeza de los obstáculos para llegar al poder absoluto que tenía en mira. El instrumento que principalmente le sirvió fué Lépido, de quien se valió al principio en Roma; pero cuando se vió ya bastante fuerte para sostener sólo sus pretensiones, le persuadió pasase los Alpes con su ejército, yéndose á su provincia, con el fin de recurrir á él si le sucedía alguna desgracia en Italia. Este proyecto fué tan acertadamente imaginado, que si la conquista de Módena le hubiera salido bien, infaliblemente se habría apoderado él solo de Roma; pero como fué vencido, se vió en la necesidad de recibir dos socios en el imperio, uno de los cuales estaba seguro que se gobernaría siempre por sus insinuaciones.

Octavio se condujo con no menos habilidad que valor. Tenia grandes prendas, ingenio admirable, mucha facilidad en el disimulo y el talento de persuadir lo que quería. Conoció desde el principio que con sus pocos años y sin ninguna autoridad, le era imposible suceder inmediatamente á su tío; por lo que se propuso mantener su plaza vacante hasta la ocasión de apoderarse de ella. Con este fin hizo el papel de celoso republicano, entregándose á Cicerón y gobernándose por sus consejos á lo menos en todo lo que no era contrario á sus intereses para abatir á Antonio, que era su más peligroso rival, y arrojarle de Italia. Llegado á este punto, cuando la fortuna puso en su mano los negocios civiles por la imprevista muerte de los dos cónsules, hizo alto para considerar la conducta que en adelante debía seguir, y como al mismo tiempo vió recebrar nuevas fuer-

zas á Antonio con el socorro de Lépido, conoció que el partido más sólido en aquellas circunstancias era dividir el Imperio y tomar una parte de él, hasta tener bastantes fuerzas para deshacerse de sus competidores. De modo que la misma política que le obligó á abrazar los intereses de la patria para destruir á Antonio, le hizo ligarse con él para oprimirla, sin más razón que su propio interés, aprovechando todos los medios de apoderarse de la suprema autoridad.

Lépido era el juguete del uno y del otro. Vano, inconstante, incapaz del mando á que su ambición le hacía aspirar, abusó siempre de las ocasiones que se le presentaron de servir á la patria y las convirtió en arruinarla y en perderse á sí mismo. Su mujer era hermana de Marco Bruto, cuyo parentesco parece debía inclinarle á su partido. Si hubiese tomado el consejo de Laterense, que con tanta insistencia le pidió se uniese á Planco y á Décimo Bruto para acabar con Antonio y restablecer la libertad, el mérito de un servicio tan grande junto con su ilustre nobleza y riquezas le habrían hecho ser el primero y más distinguido ciudadano de una república libre; pero su debilidad le privó de esta gloria, porque se persuadió que siendo el más fuerte, como imaginaba serlo entonces, tenía segura la principal porción en el Imperio, sin reflexionar que la solidez del poder militar depende de la habilidad y reputación del que la maneja. La superioridad que en esta línea tenían sobre él sus dos colegas le aseguraba plenamente de eclipsarle y aun destruirle en teniéndoles cuenta; y así sucedió, en efecto, cuando Octavio le forzó á pedirle de rodillas la vida y le despojó de una dignidad que no sabía sostener, no obstante de estar á la cabeza de veinte legiones.

Cicerón estaba con su hermano y su sobrino en su casa de Túsculo cuando recibió las primeras noticias

de la proscripción y de haber sido comprendido en ella. Los triunviros habían querido tenerla en gran secreto hasta el momento de la ejecución para sorprender á los destinados á la muerte y quitarles los medios de eludir su venganza con la fuga, pero algún amigo de Cicerón halló modo de hacérselo saber. Con esta noticia él, su hermano y sobrino partieron al instante para su casa de Astura, que, estando á orillas del mar, podía proporcionarles alguna embarción que los libertase del furor de sus enemigos. Su hermano, que no tenía hecho preparativo alguno para tan impensado viaje, resolvió volver á Roma con su hijo, persuadiéndose que podría estar oculto hasta recoger el dinero necesario, á fin de trasladarse á países extranjeros. Cicerón por su parte halló un barco dispuesto en Astura, en el cual se embarcó sin perder tiempo y bogó dos leguas de la costa, contrariado por el viento y el mar, que finalmente le forzaron á tomar tierra en Circea. Pasó la noche en la cercanía de aquella ciudad entregado, como es de creer, á sus inquietudes é irresoluciones, pues se trataba de escoger un asilo, fuese el de Bruto, el de Casio ó el de Sexto Pompeyo. Después de todas sus deliberaciones resolvió morir. Plutarco refiere que tuvo decidido volver á Roma y matarse con sus propias manos en casa de Octavio, para que cayese la odiosidad de su muerte sobre un pérfido traidor á su patria y á él; pero las instancias de sus criados le hicieron consintiese en proseguir su viaje por mar hasta Gaeta. Volvió á desembarcar allí y por tierra se encaminó á su casa de campo de Formio, que no distaba de la costa más que una milla. Fatigado del tedio de la mar y de la vida, resolvió morir en un país que tantas veces había salvado.

No obstante aquella agitación le cogió el sueño y durmió profundamente algunas horas, sin que le desvelase el gran rumor de una bandada de cuervos que, se-

gún dicen algunos historiadores, graznaron horriblemente junto á sus ventanas, como para advertirle que llegaba su última hora; y aun añaden que uno de ellos entró en el cuarto y abrió las cortinas de la cama; prodigio que asombró á los criados, creyéndose reprendidos de menos atentos á la seguridad de su amo que los irracionales. Movidos del ejemplo le despertaron para obligarle á pensar en su conservación. Consiguieron que entrase en una silla de manos y á paso vivo se encaminaron al mar, tomando una senda desusada por medio de un bosque. El temor estimulaba su celo, porque un rato antes les habían dado noticia de haberse descubierto por allí cerca unos soldados, y que ya no estaban lejos de la casa. A poco de partir llegaron éstos, y viendo que Cicerón había huido, corrieron en su busca y le alcanzaron antes de salir del bosque. El jefe de la tropa era Popilio Lena, tribuno militar en el ejército de Antonio, á quien Cicerón había salvado la vida en una causa criminal.

Luego que los criados le descubrieron al frente de sus satélites, se agruparon delante de su amo para defenderle hasta el último extremo, pero Cicerón les mandó estar quietos y no hacer ninguna resistencia. Volvió los ojos tranquilamente hacia sus enemigos, cosa que desconcertó su audacia, y sacando la cabeza fuera de la silla, les dijo: «Tomad lo que buscáis y haced vuestro oficio». Al momento le cortaron la cabeza y las manos, y á toda prisa se volvieron á Roma para llevar á Antonio el más agradable presente que podía recibir. Popilio quiso ser quien se le llevase, sin reparar en la infamia que echaba sobre sí, presentando la cabeza de aquel á quien él debía la suya.

Antonio se hallaba en el Foro rodeado de sus guardias y de un inmenso populacho, cuando Popilio desde lejos le mostró el trofeo que le traía, por el cual reci-

bió al instante una corona de oro y en dinero cerca de un millón de reales. Mandó en seguida Antonio que se clavase la cabeza en los Rostros, entre las dos manos; espectáculo triste para el pueblo romano, que hizo verter lágrimas á cuantos recordaban que aquellos miembros mutilados, expuestos por los traidores al desprecio, habían servido mil veces con infinita gloria en aquel mismo paraje para salvar la vida á tantos ciudadanos y la libertad de la república.

Las muertes de otros proscriptos, dice un historiador de aquella edad, solamente ocasionaron lutos particulares; pero la de Cicerón le causó general, porque fué un triunfar de la república y fijar la esclavitud de Roma. Persuadióse de esto el mismo Antonio de tal manera, que, mostrándose ya harto de sangre con la de Cicerón, declaró que la proscripción estaba acabada.

Este grande acontecimiento fué á siete de Diciembre, diez días después de establecido el triunvirato. Cicerón tenía entonces sesenta y tres años, once meses y cinco días.

FIN DEL TOMO VII DE LAS ORACIONES Y DE LAS OBRAS COMPLETAS  
DE CICERÓN.

**U.N.A.M.**  
**MARIO DE LA CUEVA**